



SIMON GONZALEZ



Le queríamos antes de conocerlo. Era un artista vigoroso y bueno y no necesitábamos saber mas para hablar de él con injénua simpatía. Cuando el cable trasmitió desde París la noticia de que el escultor Gonzalez habia obtenido una medalla de oro en la Exposicion Universal de 1900, los que le estimábamos ya, leímos la noticia regocijadamente, con el alma toda abierta a ese sentimiento fresco y alegre que nos produce el triunfo de los amigos.

Por eso, el día que su hermano Juan Francisco nos avisó que el escultor se venía, todos nos aprontamos para recibirlo y manifestarle nuestro aprecio.

Recuerdo aquella fiesta íntima en el restaurant de la Quinta Normal, con la que celebramos el regreso a la patria del artista tanto tiempo ausente. Horas de deliciosa expansion, de franca alegría, en que nuestros espíritus parecían haberse dejado fuera de la pequeña sala, de aquel *cabaret* amablemente tibio, las ásperas y heladas vestiduras con que todos hacemos nuestra mas o ménos solitaria peregrinacion por la vida.

En aquel festin de bohemia hubo discursos y versos sin retórica, pero elocuentes en su espontaneidad. En medio de aquella atmósfera propicia a los pensamientos alegres, el artista debió de bendecir por un instante—¡ah! por un instante...—las circunstancias que lo traían nuevamente a la patria. En ese ambiente cariñoso, en que florecían para él muchas perfumadas flores de admiracion y simpatía, el buen escultor debió de sentirse reanimado, fortalecido, con brios suficientes para acometer toda suerte de grandes empresas.

Llegaba de una tierra en que, para empinarse por sobre el horizonte de la medianía, es menester luchar a golpe de puño, a rabiosas embestidas. Y él habia luchado de esta suerte, sin detenerse a considerar los desgarramientos que le causaran las manos crispadas de los de abajo, sin pararse a escuchar las imprecaciones de los aplastados. En un

supremo esfuerzo, él habia conseguido erguir su cabeza bellamente salvaje por cima del nivel de la mediocridad.

Al verse nuevamente entre los suyos, rodeado de afecto y de admiracion, el valiente artista debe de haber sentido alegrías de héroe, justas satisfacciones de vencedor. Ceñían su alborotada melena dos ramas de laurel y, ante ese trofeo magnífico, todos quemábamos el incienso de nuestras alabanzas.

¿Cómo no confiar, entónces, en las promesas de un porvenir risueño, que la patria parecía hacerle en esos instantes?



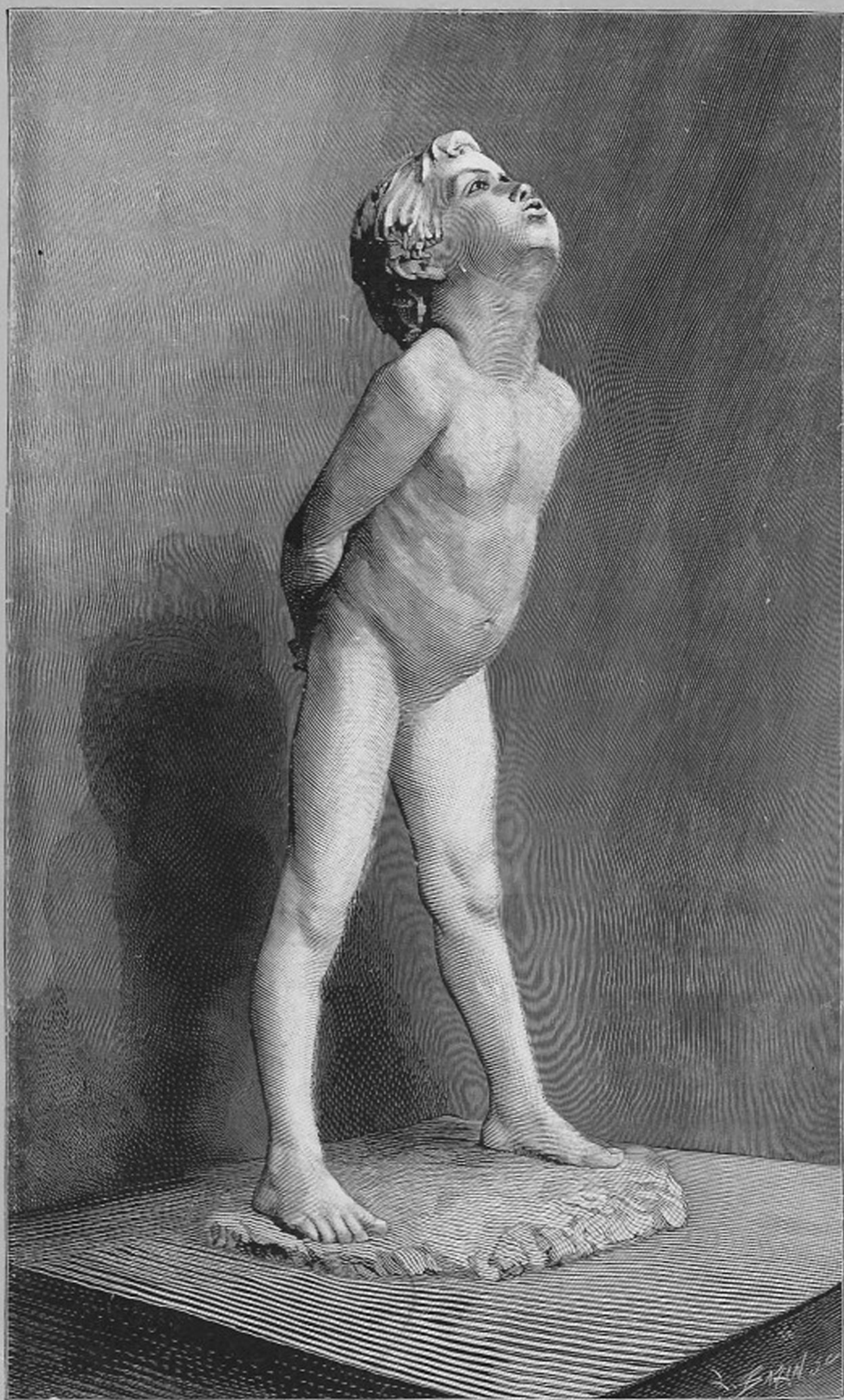
Promesas...

En el carácter indómito de Simon Gonzalez no asoma la debilidad de recordarlas siquiera. Cerrado su espíritu a todo desfallecimiento, el casi olvidado escultor vive fieramente su nostálgica vida, sin declamar sus quejas ni vocear sus descepciones: altivo, desdeñoso acaso, como un héroe no comprendido.

Un engaño afectuoso y lamentable le obligó a romper dolorosamente las amarras que lo ligaban a su París amado, para venir a sepultarse aquí, en esta tierra en que solo impera la Naturaleza bravía e inculta como la gran dominadora de los seres y de las cosas.

He ido a verle hace pocos días a su taller de la calle Manuel Rodriguez. Le hallé en vestimenta de trabajo: amplio camison y boina roja. Daba los últimos toques a la graciosa escultura que ZIG-ZAG reproduce en este número. Su pulgar se deslizaba lijeraamente sobre la arcilla, modelando aquí y allá algunos pequeños detalles. Eran las últimas y mas delicadas caricias que el escultor hacía a su obra, ántes de entregarla al modelador.

Mientras el artista trabajaba, la curiosidad atraía mis miradas hácia la decoracion del taller. Allí están los originales en yeso de sus mejores obras. "Spes Única", ese relieve admirable en que se funden la fria pureza de la estatuaria helénica y el carácter dramático de la escultura moderna; "L'enfant qui boude", encantadora figura, de una delicadeza esquisita, cuya reproduccion en



(Grabado por M. Bazin)

ESCULTURA DE SIMON GONZALEZ

PARA UNA FUENTE ENCARGADA POR DON CARLOS COUSIÑO



S. Gonzalez

mármol posee actualmente el Museo de Bellas Artes; "El escultor Desca", aquella pequeña estatua intensamente característica, cuyo realismo arrancó tantos aplausos a París; "El viejo mendigo", en fin, un bronce rodinesco, modelado amplia y jenerosamente, soberbio busto que el Gobierno debería adquirir para el Museo Artístico, a fin de que quedara espuesto a la contemplacion de los artistas y de los visitantes nacionales y extranjeros.

Lo potente de esta obra, contrasta con la tendencia que hai en Gonzalez hácia un arte gracioso y refinado. Es preciso haber admirado algunas de esas pequeñas obras, algunos de sus preciosos bibelots, para comprender toda la delicadeza que encierra el alma del notable escultor. En este jénero, que es de su predileccion, tiene algunos poemas deliciosos. Me referiré únicamente—no podria por lo demas, estenderme demasiado— a una bombonera, que es una verdadera joya escultórica. La manzana bíblica como base. Al rededor de ella se enrosca la serpiente, irguiendo su cabeza deforme y espresiva para encantar a Eva con la seduccion de sus promesas. Sentada sobre la manzana, Eva escucha, en actitud de ensueño, las dulces frases de la tentadora.

Se dice que cuando el Presidente Faure visitó el Salon de 1896, quedóse un momento admirando esta hermosa bombonera y luego exclamó: "Parece modelada por Benvenuto Cellini!"



Despues de charlar estensamente sobre París—al recordar esa vida de otro tiempo, el escultor envuelve sus palabras en un tono opaco de melancolía—me despedí de él, pensando cómo traducir en este artículo algo de la tristeza que advierto en la existencia actual del querido artista.

Ahora pienso que no es con frases como puedo traducir la nostalgia que ha producido en el espíritu de Gonzalez el derrumbe definitivo de sus ilusiones. Para comprender la tristeza del escultor, basta observar las huellas que en él ha impreso el desengaño. Basta verle cómo va por las calles, abstraído en qué sé yo qué amables recuerdos de otras épocas y de otros cielos. Así le he encontrado muchas veces, con su andar descoyuntado, cruzadas las manos a la espalda, soñando, recordando.... Nadie le conoce; no atrae la atencion de nadie. Ya su rebelde melena de *montmartrois*, no solicita las miradas de los transeuntes. Algunas sonrisas burlonas decreta-

Ultima obra de Boldini

RETRATO DE MADAME L... (Paris)



En nuestro Museo Nacional se puede apreciar un hermosísimo pastel de Boldini, retrato del señor Federico Schwager

ron el sacrificio de esa cabellera que parecía indomable.

En homenaje al mas vulgar de los criterios, cayó destrozada por las tijeras de algun fígaro nacional, que, con la insinuante amabilidad de los de su oficio, debe de haber peinado prolijamente la cabeza del buen escultor, a fin de quitar algunas hojas secas adheridas aun al cabello, últimos restos de aquella corona de laurel ante la cual una noche—quizás esa noche, nada mas—quemamos el incienso de nuestra admiracion....

M. MAGALLANES MOURE

219-219 9 julio 1905

